

traban mas serviciales á la vuelta cuando los acompañaban sus esposas. Exaltado por su entusiasmo y por los sentimientos religiosos que cundian en aquella edad, presagiaba grandes victorias para el catolicismo y gloriosas empresas para el trono, pretendiendo convertir á los salvajes por medio de los indígenas así instruidos. Imaginaba, que no tenian los indios sistema de religion, pero que estaban bien dispuestos á recibir sus impresiones; y como veian con mucha atención y reverencia las ceremonias religiosas de los españoles, pronto repetian de memoria cualquier rezo que se les enseñaba, haciendo la señal de la cruz con edificante devocion. Tenian idea de un estado futuro, pero limitada y confusa; era difícil para meros salvajes concebir la idea de una deliciosa existencia pura y espiritual separada de la alegría de los sentidos y de aquellas dulces escenas que los habian hecho felices en vida. Pedro Mártir, contemporáneo de Colon, habla de las opiniones de los indios en esta materia: «Confiesan, dice, que es el alma inmortal, y habiéndose despojado de la carne, imaginan que vuela á los bosques y á las montañas, y que vive perpetuamente en sus cavernas; ni la escéptúan de las necesidades corporales, pues dicen que allí ha de alimentarse. El sonido con que responden las grutas, y la concavidad de las montañas á la voz, al cual denominaron eco los romanos, suponen ser producidos por los espíritus de los difuntos, que vagan por aquellos lugares.»

De la atraccion hácia los sentimientos religiosos, que creyó Colon descubrir entre aquellas pobres gentes, de la benignidad de su carácter, de su ignorancia de las artes beligeras, dedujo que seria fácil hacerlos á todos devotos miembros de la Iglesia, y súbditos leales de la corona. Concluye sus especulaciones sobre las ventajas que se derivarian de colonizar aquellos puntos, prometiéndose mucho comercio del oro en que abundaria el interior; de perlas y piedras preciosas, de las cuales, aunque no habia visto ninguna, habia recibido frecuentes informes; de joyas y especias de que pensaba haber hallado indubitables señales; y de algodón que nacia por todos los campos. La mayor parte de estas mercancías, añade, tendrán mas fácil salida en los puertos y poblaciones del gran Khan, que en los mercados de España.

CAPITULO

VIAGE EN BUSCA DE LA SUPUESTA ISLA DE BABEQUE.—DESERCION DE LA PINTA.

(1402.)

El 12 de noviembre tomó Colon el rumbo del Sud-Este para retrogradar en la direccion de la costa. Este debe considerarse como otro cambio crítico en su viaje, y de grande consecuencia en los descubrimientos posteriores. Ya habia entrado bastante en lo que se llama el antiguo canal, entre Cuba y las Bahamas. Por dos ó tres dias de diferencia no tuvo ocasion de desposeerse del error en que habia caído al considerar á Cuba como parte de un gran continente: error en que estuvo hasta el día de su muerte. Hubiera allí podido saber la vecindad del continente, ó navegado para la costa de Florida, ó ser impelido hácia ella por las corrientes del golfo, ó continuando por la parte de Cuba que lleva al Sud-Oeste, tocar en la costa opuesta de Yucatan, realizando quizá su mas dorados ensueños con el descubrimiento de Méjico. Pero fue suficiente gloria para Colon haber descubierto el Nuevo-Mundo. Sus mas ricas regiones estaban reservadas para dar esplendor á otras empresas ulteriores.

Navegó pues, por dos ó tres dias á lo largo de la costa, sin pararse á explorarla. No se vió por toda ella ninguna ciudad populosa. Al pasar por un cabo que él llamó de Cuba, puso la proa al Oriente en busca de Babeque; pero pronto se vió obligado á volver,

por arrear el viento y embravecerse el mar. Ancló en un profundo y seguro puerto, á que dió el nombre de puerto del Príncipe, y pasó algunos dias explorando con sus botes un archipiélago de pequeñas pero bellísimas islas que se encontraba situado á muy corta distancia, conocido desde entonces con el nombre de el Jardín del Rey. Al golfo en que se alzaban estas islas le llamó mar de Nuestra Señora: en tiempos modernos ha sido amparo de piratas que encontraban seguro refugio en los canales y solitarias calas de sus islas. Estaban estas sombreadas por doquier de gigantescos árboles entre los cuales pensaban reconocer los españoles la almástiga y el aloe. Colon supuso, que serian aquellas partes de las innumerables islas que orlan la costa del Asia, célebres por sus especias. Mientras estaban en el puerto del Príncipe, levantó una cruz en una elevada colina cerca del puerto: signo convencional que indica haber tomado posesion.

El 19 se dió otra vez á la vela, aunque casi en calma; pero como el viento se levantase del Oriente, viró hácia el Nord-Este, y al ponerse el sol estaba á siete leguas del puerto del Príncipe. Desde entonces se vió tierra al Oriente, como á sesenta millas de distancia, la cual por las señas de los indígenas supuso que seria la tan deseada isla de Babeque. Continuó, pues, toda la noche al Nord-Este. Al siguiente día el viento se manifestó contrario, soplando en línea recta del punto adonde deseaba ir. Estuvo algun tiempo delante de la isla Isabela, á la que no quiso tocar, no fuera que se desertasen sus intérpretes indios, naturales de Guanahaní, que dista solo ocho leguas de Isabela. Los indios ponian solo sus ojos en la isla donde habian recibido el ser. Viendo que continuaba el viento obstinadamente adverso, y que habia mucho mar, se determinó al fin Colon á volver á Cuba, haciendo señales á los otros buques para que le siguieran. La Pinta, mandada por Martin Alonso Pinzon, habia ya adelantado mucho hácia el Oriente. Y como podia con facilidad unirse á los otros buques, teniendo para ello viento en popa, repitió Colon sus señales, pero sin conseguir resultado alguno. Como venia la noche, acortó vela, y paso luces en los mástiles, pensando que Pinzon se le juntaria; mas al romper el alba, se vió que la Pinta habia desaparecido.

Efectivamente, Pinzon prestó oído á los ridículos proyectos forjados por un indio que llevaba á bordo de su carabela, y que le prometia conducirle á una region abundantísima en toda clase de riquezas. Su avaricia se despertó repentinamente: su buque siendo el mas velero, podia con facilidad virar al barlovento, adonde en vano le seguirian los otros. Se liasonjeaba con la idea de ser el primero en abordar á la soñada tierra, enriqueciéndose con las primicias de los despojos que pensaba hacer. Ya hacia mucho tiempo que no podia sufrir el dominio del Almirante, con quien creia deber estar en términos iguales, por haber contribuido con muchos fondos al armamento de la expedicion. Era navegante veterano, oráculo de la comunidad marítima de Palos, y acostumbrado por su riqueza y su influjo á dar la ley entre sus asociados náuticos. Llevó á mal por consiguiente verse obligado á navegar como segundo, á bordo de su propio buque, y ya se habian ocasionado muchas disputas entre él y el Almirante. La súbita tentacion que se presentó á su avaricia, unida á los previos resentimientos, fue bastante fuerte para vencer su deber. Olvidando lo que debia al Almirante, como á su jefe, habia desatendido las señales, siguiendo al Oriente, y separándose á fuerza de vela de la escuadra.

Indignése Colon en extremo con esta desercion. Además de ser un ejemplo pernicioso de inobediencia sospechaba en ella algun designio siniestro; ó bien Pinzon pretendia apoderarse del supremo mando y gozar de las ventajas consiguientes á tamaña usurpacion separándose del Almirante, ó apresurarse á vol-

CAPITULO VI.

DESCUBRIMIENTO DE LA ISLA ESPAÑOLA.

(1492.)

El 5 de diciembre, mientras navegaba Colon allende el extremo oriental de Cuba, dudoso del rumbo que tomara, divisó cierta tierra al Sud-Este, que á medida que se acercaba, le reveló altas montañas por cima del despejado horizonte, anunciando una isla de grande extension. Los indios exclamaron al verla, *Bohio*, cuya palabra interpretó Colon como significativo de que aquel nuevo país era abundante en oro. Cuando le vieron los indios tomar rumbo para ella, dieron señales de profundo terror, implorando de él, que no la visitara, porque, le decian por señas, eran sus habitantes fieros y crueles, no tenian mas que un ojo, y devoraban á sus prisioneros. El viento era contrario, y las noches largas; y como no acostumbraban navegar en la oscuridad por aquellas mares desconocidas, invirtieron en llegar á la isla cerca de dos dias.

Ya se ha observado, que en la trasparente atmósfera de los trópicos se divisan los objetos á larga distancia, y que la pureza del aire y serenidad del cielo producen mágicos efectos en el paisaje. Con estas ventajas apareció á su vista la bella isla de Hayti. Sus montañas eran mas escarpadas y pedregosas que las de las otras islas; pero sus cumbres se alzaban entre preciosas florestas, y sus faldas se extendian formando lujosas llanuras y verdes praderías; mientras que los varios y numerosos fuegos que la esmaltaban de noche, y las columnas de humo que ascendian de día en todas direcciones, indicaban bastante su poblacion. A los ojos deslumbrados de los marineros levantóse una isla esplendorosa, ornada con todos los atavíos de una gigantesca vegetacion; país quizá el mas hermoso del globo; pero que en sus arcanos destinaba la Providencia á ser el mas desgraciado.

En la tarde del 6 de diciembre tomó Colon puerto al extremo occidental de la isla, y le dió el nombre de San Nicolás, por el que se conoce hoy. Era espacioso y profundo, rodeado de grandes árboles, muchos de ellos fructíferos. Una hermosa llanura se extendia por frente del puerto, atravesada por un riachuelo. Del número de canoas que se veian por varias partes, se juzgaba que por los alrededores habria grandes poblaciones; pero los naturales habian huido aterrizados á la vista de los buques.

Dejando el 7 el puerto de San Nicolás, salieron costeando hácia el Norte de la isla. Vieron que era por aquella parte elevada y montañosa; pero con verdes y dilatadas llanuras. Divisaron al par un fértil y precioso valle que corria hácia lo interior, encerrado entre dos montes y cuyo cultivo les pareció muy esmerado.

Por muchos dias estuvieron detenidos en un puerto que bautizaron con el nombre de la Concepcion, adonde desembocaba cierto rio pequeño, despues de serpear por una deliciosa campiña. La costa abundaba en peces, algunos de los cuales saltaron á los botes. Allí extendieron sus redes y cogieron copiosa cantidad de pesca, y en ella alguna de especie semejante á las de España; primer pescado que habian visto semejante al de su país. Oyeron tambien el cantar de pajarillos que tomaron por ruiseñores y tuvieron ocasion de notar que el canto de muchas aves no les era enteramente desconocido. Los españoles, escitados por la asociacion de ideas que tan gran poder tiene en el alma, recordaron sus florestas andaluzas; porque los trinos de aquestos pajarillos tenian mucha semejanza con los de las aves que pueblan los bosques de Andalucía. Creian que el carácter exterior de aquel país era idéntico al de las mas bellas provincias de España; y en consecuencia de esta idea le llamó el Almirante isla Española.

ver á España, para arrebatar el laurel del descubrimiento. Pero como lo poco velero de su buque inutilizaba todo esfuerzo para perseguirlo, continuó su rumbo á la isla de Cuba, con el objeto de acabar de explorar las costas.

El 24 de noviembre dobló de nuevo el cabo de Cuba, y ancló en un buen puerto formado por el desembocadero de un rio, que él llamó de Santa Catalina. Corria entre fértiles praderas, y estaban las montañas vecinas bien pobladas de árboles, entre los cuales habia robustas encinas y pinos bastante altos para servir de mástiles á los grandes bajeles. En el lecho del rio encontraron piedras con venas de oro.

Colon continuó por algunos dias costearlo lo que quedaba de Cuba, y celebrando con entusiasmadas palabras la magnificencia, frescura y colorido del paisaje, la pureza de las aguas, y el número y comodidad de los puertos. Su descripcion de uno, á que dió el nombre de Puerto-Santo, es una muestra de cuán poderosamente los grandes espectáculos de la naturaleza hablaban á su alma. La amenidad de este rio, exclama, la claridad del agua, en la cual se veia hasta la arena del fondo, y multitud de palmas de varias formas, las mas altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles grandes y verdes, el armonioso canto de sus aves, el verdor de sus campiñas, serenísimos señores, hacen que este país sobrepuje en lo ameno, deleitoso y pintoresco á todos los demas países del mundo conocido, como el día en luz á la noche: por lo cual solia yo decir á mi gente muchas veces, que por mucho que me esforzase á dar entera relacion de él á VV. AA., no podria mi lengua decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura que es superior á todo encarecimiento.

La transparencia del mar, que atribuye Colon á la pureza de los rios, es propiedad del Océano en aquellas latitudes. Tan clara está la mar en las cercanías de algunas de las islas, que se puede ver el fondo en tiempo sereno, como el de una cristalina fuente, y los habitantes bucean á cuatro ó cinco brazas, en busca de conchas y otros mariscos que se ven desde la superficie. Las sutiles brisas y ricas aguas con que cuenta la isla pueden ponerse entre los mas gratos dones con que la enriquecia la naturaleza.

Como prueba de la vegetacion gigantesca de aquellas costas, hace mérito Colon del enorme tamaño de las canoas, formadas cada una de un solo tronco de árbol. Habia visto canoas capaces de contener ciento y cincuenta personas. Entre otros artículos hallados en las viviendas de los indios, vió una torta de cera, que la trajo de regalo á los reyes, observando que donde hay cera, debe haber otras mil cosas buenas. En tiempos posteriores se ha supuesto que vendria aquella cera de Yucatan, pues los habitantes de Cuba no tenian la costumbre de recogerla.

El 5 de diciembre llegó Colon al término oriental de Cuba, que suponía fuesen los lindes del Asia; ó como siempre la llamaba, de India. Le dió en consecuencia el nombre de Alfa y Omega, ó el principio y el fin. Se vió despues perplejo, acerca del rumbo que tomara. Deseaba seguir la costa en su vuelta al Sud-Oeste, que le llevaria á las regiones mas civilizadas y opulentas de la India. Por otro lado, tomando este rumbo, era forzoso abandonase toda esperanza de encontrar la isla de Babeque, que aseguraban los indios hallarse al Nord-Este, y de que seguan dándole magnificas descripciones: embarazoso dilema, propio de tamaña empresa, en que un nuevo mundo surgia delante del viajero, brindándole con lo seductor de su vegetacion, con lo espléndido de sus riquezas, pero un mundo, en que, al tomar qualquier determinacion podia separarse de las regiones mas abundantes y deleitosas.

Se hallaron algunas trazas de rudo cultivo en las cercanías del puerto; pero los naturales habían abandonado la costa. Una vez vieron cinco indios á larga distancia, pero se escaparon cuando los españoles fueron hácia ellos. Colon, deseoso de establecer alguna comunicacion, mandó que penetraran en la isla seis hombres bien armados. Hallaron campos cultivados, huellas que indicaban la constancia de caminos y parajes donde se notaban señales de fuego ya apagado; pero los pobladores se refugiaban despavoridos en las montañas.

Aunque todo el país estaba desierto y solitario, se consoló Colon con la idea de que habria en lo interior populosas ciudades, adonde la gente se refugiaba; y que los fuegos de por las noches serian señales, como las que se hacian desde las montañas del antiguo mundo, en tiempo de la guerra y repentinas invasiones de los moros, para advertir al paisanaje que huiese de las costas.

El 12 de diciembre erigió Colon con gran solemnidad una cruz á la entrada del puerto, en señal de haber tomado posesion de la isla. Tres marineros que vagaban por aquellas cercanías divisaron una gran falange de indigenas, que inmediatamente se dispersaron, apelando á la fuga, persiguiéronlos y lograron los intrépidos marinos despues de desesperados esfuerzos, apresar una jóven india, que llevaron en señal de triunfo á los bajeles. Venia esta beldad salvaje completamente desnuda, lo cual daba mal indicio de la civilizacion de la isla; pero un adorno de oro que traía en la nariz, dió esperanza de que se encontrase en ella aquel metal precioso. La bondad del Almirante dispó pronto el terror de la cautiva. Hizo que la vistiesen, y le regaló cuentas, anillos de bronce, cascabeles y otras cosas, enviándola despues á tierra, acompañada de algunos marineros, y de tres intérpretes indios. Tanto agradaron á esta sencilla mujer los dones recibidos, y tan contenta quedó del benigno trato que se la habia dado, que de buen grado hubiera convenido en seguir la suerte de las otras indias que encontró á bordo. La gente que fue acompañándola, volvió tarde por la noche, porque estaba el lugar lejos, y temian aventurarse tierra adentro. Confiado en la impresion favorable que debia producir el informe de la mujer, mandó el Almirante al dia siguiente nueve hombres de corazon y bien armados á buscar el lugar, acompañándolos un natural de Cuba, en calidad de intérprete. Encontraron la poblacion á unas cuatro leguas y media al Sud-Este, situada en un hermoso valle, y á la orilla de un rio. Contenia mil casas, pero á la sazón estaban todas abandonadas; porque los habitantes huían segun ellos se aproximaban. Los intérpretes los siguieron; y con grande dificultad apaciguaron su temor, encareciéndoles la buena índole, y natural bondad de aquellos extranjeros descendidos del cielo, y que pródigos de suyo, y espléndidos, recorrian el mundo derramando á manos llenas preciosísimos regalos. Con esta seguridad se atrevieron á volver hasta dos mil indios, se acercaron á los nueve españoles con lentos y trémulos pasos, parándose con frecuencia, y poniéndose las manos en la cabeza, en señal de reverente y profunda sumision. Eran de una raza bien formada, mas blanca y hermosa que las de otras islas. Mientras los españoles conversaban con ellos, por medio de los intérpretes, vieron que otra multitud se acercaba. Venia á la cabeza de estos el marido de la hembra indiana que la tarde antes habia estado á bordo. Llevábanla triunfante sobre sus hombros, y su esposo manifestó de mil modos, la gratitud de que se sentia poseido al considerar la suma bondad con que su mujer habia sido tratada, y los preciosos regalos que la habian prodigado.

Los indios, ya mas familiarizados con los españoles, vueltos en parte de aquel extremo pavor, los llevaron

á sus casas, presentándoles pan de casava, pescados, raices y frutas de varias especies. Sabiendo por los intérpretes que eran sus huéspedes aficionados á los loros, les trajeron gran número de ellos que tenían domesticados, ofreciendo en fin libremente todo cuanto poseian; tal era la franca hospitalidad que reinaba en aquella isla, donde aun era desconocida la pasion de la avaricia. El caudaloso rio que regaba este valle, iba coronado de nobles y altas florestas, de palmas, bananos y otros árboles, cargados de flores y de frutas. El aire era blando y suave como el que reina en abril, los pájaros recreaban el oido con sus trinos durante el dia, y algunos de ellos se dejaban oír ya entrada la noche. Aun no sabian los españoles explicar la diferencia de las estaciones en aquella parte opuesta del globo; y se admiraban de oír la voz del supuesto ruisenor resonar en medio de diciembre, creyendo, llevados de estas pruebas, que en aquellos apartados y felices climas reinaria una eterna primavera. Volvieron á sus buques prendados de aquel hermoso país, que decian ellos escedia hasta los de las feraces llanuras de Córdoba. Solo se quejaban de no haber visto señales de riqueza entre los indigenas. Y aquí es imposible no detenerse á considerar la pintura que hacen los descubridores del estado de aquella desgraciada isla, antes de la llegada de los blancos. Segun sus descripciones, existia el pueblo de Hayti en el estado de salvaje y primitiva sencillez que han pintado algunos filósofos como el mas envidiable de la tierra; rodeados de la feliz abundancia natural, y desposeídos de toda idea respecto á esas necesidades ficticias elaboradas por la civilizacion. La tierra acudia abierta á su sustento sin necesidad de que la agricultura desgarrase su seno: sus rios y mares abundaban en mil peces; y cogian sin trabajo la utia, el guanaco, y una variedad de aves. Para gentes de su temperancia y frugalidad era esta provision abundantísima; y aquellos dones que tan espontáneamente los prodigaba la tierra, sabian dividirlos con todos aquellos que los necesitasen. La hospitalidad, se nos dice, era para ellos ley de la naturaleza universalmente observada; y no habia necesidad de hacer manifiesto el socorro, porque toda casa estaba abierta al extranjero, como á su dueño propio. Colon tambien, en una carta á Luis de Santangel, observa: «es verdad, que despues que »se aseguran y pierden este miedo, se hallan tan des- »provistos de toda astucia y son tan pródigos de lo »que poseen, que es imposible, sin cerciorarse per- »sonalmente, tener una idea de su sencillez y su ge- »nerosidad. Ellos de cosa que tengan, pidiéndosela, »jamás dicen que no, antes convidan á la persona con »ello, y muestran tanto amor, que darian los corazo- »nes, y cuando en pago de sus dones se les da cual- »quiera ya preciosa ó ya insignificante, se dan por »contentos y satisfechos. En todas estas islas me pa- »rece que todos los hombres están contentos con una »mujer, y á su mayoral ó rey dan hasta veinte. Las »mujeres me parece que trabajan mas que los hom- »bres, ni he podido entender si tienen bienes propios, »que me pareció ver que aquello que uno tenia, to- »dos hacian parte, en especial de las cosas que forman »las primeras necesidades.»

Una de las descripciones mas agradables de los habitantes de esta isla, es la que da el anciano Pedro Mártir, tomada, como él asegura, de las conversaciones del mismo Almirante. «Es cierto, dice, que es la »tierra tan comun entre aquellas gentes, como el sol »y las aguas; y que el mio y el tuyo, semillas de tan- »tos males, no tienen lugar con ellas. Se contentan »con poco, que en aquel extenso país, mas bien »tienen superfluidad que escasez; así están en el mun- »do dorado, sin trabajo y viviendo en abiertos jardi- »nes, no atrincherados con diques, ni divididos por »valladares, ni con muros defendidos. Comercian »justamente unos con otros, sin leyes, sin libros y sin

»jueces. Creen hombre malo y perjudicial solo al que »se complace en hacer daño á otro; y aunque no gusten de cosas superfluas, hacen sin embargo provi- »sion para el incremento de aquellas raices de donde »sacan el pan, contentos con esta simple comida, »con la cual se conserva la salud, y se evitan las en- »fermedades.»

Gran parte de esta descripcion puede estar teñida por los rayos de luz que presta la fantasia; pero en general es valerosa y fiel, si hemos de dar asenso á lo que relatan verídicos historiadores de aquella época. Convienen todos en representar la vida de los isleños como una aproximacion hácia el venturoso estado de la felicidad poética; viviendo bajo la absoluta, pero patriarcal y suave gobernacion de sus caciques, libres de orgullo, con pocas necesidades, en un país abundante, con un templado clima, y dotados de natural disposicion para gozar su descuidada é indolente fortuna.

CAPÍTULO VII.

COSTEO DE LA ESPAÑOLA.

(1492.)

CUANDO el tiempo cambió favorablemente, hizo Colon otro esfuerzo en 14 de diciembre para encontrar la isla de Babeque, pero se lo impidieron vientos contrarios. En el discurso de esta empresa visitó una isla enfrente de la Concepcion, tan abundante en tortugas que la denominó isla de las Tortugas. Sus habitantes se habian refugiado á las montañas, en cuyas cimas encendian hogueras en señal de alarma, lo cual dió á conocer á Colon que habian sufrido muchas mas invasiones que los isleños vecinos. El país era tan hermoso, que le dió á uno de los valles el nombre de valle del Paraiso; y á uno de sus rios el de Guadalquivir, en memoria del que lleva sus dulces aguas por algunas de las mas hermosas provincias de España. Dándose á la vela el 16 de diciembre por la noche, tomó de nuevo el rumbo de la Española. A mitad del golfo que separa las islas, topó con un indio, que surcaba los mares en una frágil canoa, y admirado, como en otra ocasion, de su valentia en arriesgarse por las mares en tan ténue caseo, y de la destreza en manejarlo á despecho de la embravecida mar y agitados vientos, mandó que lo izasen á bordo á él y á su canoa; y habiendo abordado cerca de un lugar de la costa de Española, conocido hoy por el nombre de puerto de la Paz, le mandó á tierra bien obsequiado y enriquecido con varios dones.

En el primitivo comercio con aquellas gentes no dejó nunca la bondad de producir sus efectos. Los favorables informes dados por este indio, y por los que habian tenido roce con los españoles en sus anteriores desembarcos, ahuyentaron todas las zozobras de los isleños. Entabláronse amistosas relaciones y fueron los bajeles visitados por un cacique de las cercanías. De este caudillo y de sus consejeros recibió Colon otras noticias acerca de la isla de Babeque, la cual decian no estaba á gran distancia. Jamás se vuelve á hablar de esta isla, ni aparece que Colon la buscase de nuevo. Tampoco existe en los mapas antiguos, y de creer es que fuese una de las numerosas tergiversaciones de palabras indianas, que arrastraron á los primitivos descubridores á tantos viajes infructuosos. La gente de la Española le pareció al Almirante mas hermosa que ninguna de las que hasta allí habia visto en el Nuevo-Mundo, y de gentil y apacible disposicion. Algunos tenían pequeños adornos de oro, que daban gustosos ó los cambiaban por cualquier bagatela. El país presentaba agradable variedad, ya erizado de encumbrada montaña, ya tendido por hermosos valles, que se extendian hácia el interior, tan lejos como podia alcanzar la vista. Las montañas eran de tan fácil ascenso, que las mas en-

cumbradas se podian arar con bueyes; y la prodigiosa vegetacion de las florestas manifestaba la feracidad del suelo. Los valles regados por numerosas, claras y bellisimas corrientes, parecian cultivados por algunos sitios, y propios para granos, hortalizas ó pastos.

Mientras los vientos contrarios le detenian en este puerto, recibió Colon la visita de un cacique jóven, y al parecer de mucha importancia. Le llevaban cuatro hombres en una especie de litera, y le seguian doscientos de sus súbditos. El Almirante estaba comiendo á la sazón, por lo cual mandó el cacique á su comitiva que se quedase fuera, y entrando en la cámara, tomó asiento junto á Colon, dispensándole de toda ceremonia y no permitiéndole que se pusiese en pie. Siguiéronle solo dos ancianos, que aparentaban ser sus consejeros y que se le sentaron á los pies. Cuando le daban alguna cosa de comer ó de beber, la gustaba solamente, enviándola despues á su comitiva, y conservando en todo mucho seso y magestad. Hablaba poco; los dos consejeros observaban el movimiento de sus labios, y por él inferian y comunicaban ellos sus ideas. Despues de comer le presentó al Almirante un tahali, prolijamente labrado, y dos piezas de oro. Colon le dió una de tela, varias cuentas de ámbar, zapatos de color, y un frasco de agua de azahar; le enseñó la moneda española, en la cual estaban los bustos del rey y de la reina, y se esforzó en explicarle el poder y grandeza de aquellos soberanos; desplegó tambien las banderas reales y el estandarte de la Cruz; pero en vano se queria comunicar ninguna clara idea de aquellos símbolos: no podia el cacique creer que la tierra fuese digna de producir seres privilegiados y aquellos preciosos objetos, pensando como sus compatriotas que aquellos hombres eran dioses, y que su patria era el cielo.

Por la noche se envió al cacique á tierra en un bote con grande ceremonia, haciendo salvas en honor suyo. Volvió con la misma pompa que habia venido, en una litera, y rodeado de sus súbditos; no lejos de él iba su hijo con semejante escolta y litera, y su hermano á pie sostenido por dos hombres. Llevaban delante los regalos con gran aparato y ceremonia.

Los españoles podian procurarse poco oro en este paraje, aun cuando los naturales daban generosa y prontamente todos los adornos que tenían de aquel metal. La tierra de promision estaba mas lejos todavía; y uno de los ancianos consejeros del cacique le dijo á Colon, que pronto llegaria á islas ricas en preciosos minerales. Antes de salir de ella mandó el Almirante erigir una grande cruz en el centro de la poblacion; y por la prontitud con que asistian los indios, en implícita imitacion de los españoles, á sus actos de devocion, dedujo que bien pronto podria infundirse en todas aquellas almas los sentimientos cristianos.

El 19 de noviembre se dieron á la vela antes de amanecer, pero con viento contrario; y en la tarde del 20 anclaron en un buen puerto, á que dió Colon el nombre de Santo Tomás, que se supone sea el que se llama hoy bahia de Acul. Estaba rodeado de una amena y populosa campiña. Los habitantes vinieron á los buques, algunos en canoas, otros nadando, y todos con frutos de especies no conocidas, pero de esquisito gusto y fragancia. Regalaban espontáneamente todo lo que poseian y especialmente sus adornos de oro; porque observaban lo codiciosos que de este metal eran los españoles. Habia notable y generosa franqueza entre estas gentes, que no tenían al parecer idea de tráfico, y daban sus bienes con espontánea liberalidad. Colon no permitia á los suyos que abusasen de esta libre disposicion, y mandó que siempre se les diese algo en cambio. Muchos de los caciques circunvecinos visitaron los buques, trayendo presentes, é invitando á los españoles á ir á sus

pueblos, adonde los recibían con la mayor hospitalidad.

El 22 de diciembre vinieron muchos indios en una canoa, enviados por el gran cacique Guacanagari, jefe de toda aquella parte de la isla. Un criado principal del caudillo lo entregó al Almirante de parte de su señor un ancho tahalí, ingeniosamente trabajado con cuentas de color y hueso, y una máscara de madera, con los ojos, nariz y lengua de oro. Hízole también presente el deseo manifestado por su señor, de que aproximase su buque á los dominios encargados á su custodia, situados un poco mas lejos en la costa oriental. Impedia el viento acceder inmediatamente á esta súplica, por lo cual envió el Almirante al escribano de la escuadra con algunos marineros á visitar al cacique. Residia este en una ciudad edificada en las márgenes de cierto rio, en lo que se llamó entonces Punta Santa, y hoy Punta Honorata. Era la ciudad la mayor y mejor edificada que habían hasta entonces visto. El cacique los recibió en una especie de plaza pública, limpia y preparada para esta ocasión, los trató muy honrosamente y les dió á cada uno un vestido de algodón. Los habitantes los rodeaban con provisiones y refrescos de varias clases. Recibían á los marineros en sus casas como distinguidos huéspedes, y les daban ropas de algodón, y cuanto creían que tuviese valor á sus ojos, sin pedirles nada en cambio; pero si algo les daban los españoles; lo atesoraban como una sagrada reliquia.

Los hubiera retenido el cacique toda la noche, pero sus órdenes les obligaron á volver. Al despedirse les hizo regalos de loros y piezas de oro para el Almirante: y los acompañó hasta los botes una multitud de gentes, esforzándose á porfía en servirlos.

Por este tiempo recibió Colon numerosas visitas de muchos indios y de varios caciques de segundo orden, los cuales le dijeron que la isla entrañaba grandes tesoros, y le hablaron con especialidad de cierta region asentada hácia Levante llamada por ellos Cibao, cuyo cacique, segun él pudo colegir de los signos empleados por los salvajes para expresar sus ideas, tenía banderas de oro labrado. Colon, engañándose, como le sucedía de ordinario, imaginó que la palabra Cibao debía de ser corrupcion de Cipango, y el caudillo de los dorados estandartes, el maguífico potentado de aquella isla, de que hace mencion Marco Polo.

CAPITULO VIII.

NAUFRAGIO.

(1492.)

Se dió Colon á la vela para la Concepcion, en la mañana del 24 de diciembre, antes de salir el sol, tomando el rumbo del Oriente, con ánimo de anclar en el puerto del cacique Guacanagari. Había viento de tierra, pero tan ligero, que apenas llenaba las velas, y no podían hacer los buques mucho camino. A las once de la Noche-buena estaban á una legua, ó legua y media de la residencia del cacique; y Colon, que había hasta entonces vigilado, viendo la mar tan sosegada, y el bajel casi sin movimiento, se retiró á descansar un poco, por no haber dormido la noche antes. Era vigilantísimo en sus viajes por las costas, pasándose noches enteras sobre cubierta en toda clase de tiempos; y nunca se fiaba del cuidado ajeno, cuando había dificultades ó peligros que vencer. Creyóse perfectamente seguro en aquel caso; no solo por la profunda calma en que estaban, sino porque, al visitar los botes el día anterior al cacique, habían reconocido la costa, y díchole que no se encontraban en su carrera ni bancos ni escollo alguno.

Jamas pudo manifestarse mejor cuán importante es la presencia del gefe. Apenas se había retirado el vigilante Colon, cuando el timonel confió su puesto á un grumete, y se echó á dormir violando abiertamente

una de las órdenes del Almirante, que prohibía poner jamas el timon en las manos de los muchachos. Los marineros que estaban de guardia, se aprovecharon también de la ausencia del gefe y á poco tiempo toda la tripulacion estaba sepultada en un profundo sueño.

Mientras reinaba de tal modo la confianza en el buque, las traidoras corrientes que fluyen veloces por aquellas costas, le arrastraron con rapidez y fuerza á un banco de arena. El inesperto grumete no había percibido el embate de las olas al retirarse del banco, aunque su estrépito podía oirse á una legua. Mas al sentir la concusion del timon, y oír el tumulto del agua en derredor, empezó á pedir ayuda á gritos. Colon, cuya vigilancia no le permitía dormir profundamente, fue el primero que subió á cubierta. El patron, que había abandonado su guardia, se apareció despues en compañía de algunos marineros medio dormidos, y muy ajenos del peligro en que estaban. Les mandó el Almirante llevar con el bote un ancla fuera de la popa para esforzarse en sacar el bajel. El patron y los marineros saltaron en el bote; pero iban confusos y sobrecogidos de terror, como suelen los hombres que despiertan sobresaltados. En vez de obedecer al Almirante, remaron á la otra carabela, que distaría como media legua al barlovento; mientras él, suponiendo que ya estarían echando el ancla, confiaba en sacar pronto su bajel al agua libre.

Al llegar el bote á la carabela hicieron saber los marineros el peligroso estado en que habían dejado su buque, pero acusáronlos estos de cobardes desertores, rehusando admitirlos á bordo. El comandante, y muchos de los suyos, tomaron otro bote, y acudieron al socorro del Almirante, seguidos del falso y pusilánime patron, que iba con su gente lleno de confusion y vergüenza.

Llegaron demasiado tarde para salvar el buque, porque la violenta corriente le había arrastrado mas y mas sobre el banco. El Almirante, viéndose desamparado de su bote, y que estaba el buque de traves en medio de la corriente, y se iba llenando de agua, lo mandó desbarolar, con la esperanza de alijerarlo bastante para que flotase. Todos los esfuerzos fueron en vano. La quilla había encallado fuertemente en la arena; el choque había abierto el casco por varias partes, mientras las hinchadas olas le azotaban de continuo quebrándose sobre su costado; y sepultándole mas y mas en la arena hasta hacerle caer de lado. Afortunadamente continuaba el tiempo en calma; si no, se hubiera hecho la carabela mil pedazos, y perecido la tripulacion entre los escollos y corrientes.

Refugiáronse la tripulacion y el Almirante en la otra carabela. Diego de Arana, primer juez de la escuadra, y Pedro Gutierrez, despensero del rey, fueron inmediatamente enviados al cacique Guacanagari para informarle de la propuesta visita del Almirante, y de su desastroso naufragio. Levantóse un viento fresco de tierra, é ignorando el Almirante su situacion y las rocas y bancos que podían rodearlo, se mantuvo á la capá hasta por la noche.

Distaba la habitacion del cacique legua y media del sitio del naufragio. Al saber Guacanagari la desgracia de su huésped, manifestó la mayor afliccion, y hasta derramó lágrimas. Sin vaeilar un momento envió todas sus gentes con todas las canoas grandes y chicas que hubieron á la mano; y tan activa fue la ayuda de los indios, que en poco tiempo descargaron el buque. El mismo cacique, y sus hermanos y parientes hicieron cuanto les fue dado por mar y tierra; vigilando para que todo se condujese con orden, y para que los efectos que pudieran salvarse del naufragio, se conservaran con inviolable fidelidad. Frequentemente enviaba alguna persona de su familia, ó de las principales de su comitiva, para que se con-

doliese con el Almirante, pidiéndole que no se dejase dominar del dolor, y que dispusiese como suyo de cuanto él poseía.

Jamas, en pais alguno civilizado, se ejercieron los ritos de la hospitalidad mas escrupulosamente que los observó aquel ignorante salvaje. Todos los efectos que se desembarcaron, los mandó depositar cerca de su habitacion, y puso una tropa armada que los guardase aquella noche, hasta preparar casas en que alacacenarlos. No porque apareciera ni aun entre el pueblo, la mas ligera inclinacion á aprovecharse de las desgracias de los extranjeros. Aunque veían los que debieron parecerles inestimables tesoros, arrojados, por decirlo así, en sus playas, y descubiertos y fel todo accesibles, no se conoció el menor hurto, ni al trasportar los efectos se apropiaron el mas pequeño artículo. Al contrario, una simpatia general se dejaba ver en todos los semblantes y en todas las acciones; y al observar su sentimiento se hubiera creído á ellos las víctimas de aquella desgracia.

Tan amorosas, tan tratables y pacíficas son estas gentes, dice Colon en su diario, que juro á VV. MM. que no hay en el mundo todo ni mejor pais, ni mejores gentes. Aman á sus prógimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de una sonrisa; y aunque es verdad que andaban desnudos, son sus modales decorosos y dignos de aprecio.

CAPITULO IX.

TRANSACCIONES CON LOS NATURALES.

(1492.)

El 26 de diciembre vino Guacanagari á bordo de la Niña, para visitar al Almirante; y observando que estaba muy abatido, se conmovió tanto el sensible corazon del cacique, que comenzó á derramar lágrimas. Repitió el mensaje que había enviado, suplicando al Almirante que no doblegase su ánimo bajo el peso del dolor, y ofreciéndole todos sus bienes, si ellos le podían proporcionar ayuda ó consuelo. Ya había dado tres casas para alojamiento de los españoles, y almacén de sus efectos, y ofreció mas si eran necesarias.

Mientras conversaban así, vino una canoa de otra parte de la isla, ofreciendo piezas de oro en cambio de cascabeles. Nada tenían en mas estima los indigenas que estos juguetes; porque eran muy amigos del baile, que ejecutaban á la cadencia de ciertos cantares, acompañados por una especie de tambor, hecho del tronco de algun árbol, y del ruido de pedazos huecos de madera; pero al ceñirse los cascabeles al cuerpo, y cuando movidos estos por el compás del baile dejaban escapar sus claros sonidos, nada podía esceder á su arrebatado gozo.

Los marineros que venían de la playa le dijeron al Almirante, que les habían traído los indios considerables cantidades de oro para trocarlas, dándolas gustosísimos por las mas despreciables bujerías. Estas noticias agradaron sobre manera á Colon. El atento cacique, viendo que se animaba su semblante, preguntó qué habían dicho los marineros. Cuando se enteró al saberlo de la vehemencia con que deseaba el Almirante adquirir oro, le aseguró por señas, que no lejos de allí había un sitio en las montañas, donde abundaba tanto, que apenas tenía ningun valor. Le prometió buscar tanto oro cuanto pudiese desear. El lugar á que aludía, y que llamaba Cibao, era en efecto una region montañosa, adonde hallaron despues los españoles riquísimas minas; pero Colon confundía aun aquel nombre con el de Cipango.

Guacanagari comió á bordo de la carabela con el Almirante, despues de lo cual le convidó á visitar su residencia. En ella había preparado una comida tan selecta y abundante como podía prometerse de sus

sencillas costumbres, compuesta de utias ó conejos, peces y varios frutos de la isla. Hizo el generoso cacique cuanto en su mano estaba para honrar á su huésped y distraerlo, mostrando una grandeza en los afectos, y una delicadeza en las atenciones, que era imposible haber esperado de un salvaje. Pero su innata dignidad; y el refinamiento de sus modales, frecuentemente sorprendieron á los españoles. Era decoroso en su modo de comer, lento y moderado, lavándose las manos al acabar y frotándose las despues con yerbas odoríferas; lo que supuso Colon tendria por objeto conservar su delicadeza y blandura. Servíanle sus súbditos con mucha deferencia, y él se conducía respecto á ellos con afable, pero régio y alto porte. Toda su conducta indicaba á los entusiasmados ojos de Colon las gracias y dignidad innatas de un elevado linaje.

En efecto, la soberanía era hereditaria entre aquellos isleños, que tenían un sencillo pero sagaz modo de mantener hasta cierto punto la legitimidad de la descendencia. Cuando moría un cacique sin hijos pasaba la autoridad á los de su hermana, prefiriéndolos á los de su hermano; pues aquellos serian mas verosísimamente de su sangre, porque decían los indios, que el que se tenía por hijo de un hermano, podía, por acaso, no tener consanguinidad con su tio; pero los de su hermana habían deser indudablemente hijos de su madre. La forma del gobierno era completamente despótica; los caciques tenían entero señorío sobre las vidas, las haciendas, y aun la religion de sus súbditos. Tenían pocas leyes, y gobernaban segun su juicio y voluntad; pero gobernaban con dulzura, y recibían gustosa é implícita obediencia. En todo el discurso de la desastrosa historia de aquellos isleños, despues que fueron descubiertos por los europeos, se hallan evidentes pruebas de su afecto y fidelidad á los caciques.

Acabada la refaccion, condujo Guacanagari al Almirante á las bellas arboledas que circuián su morada. Los acompañaban mas de mil indios, todos desnudos. A la sombra de sus frondosos árboles ejecutaron muchos de los juegos y danzas nacionales, como Guacanagari lo había mandado para anuientar la tristeza de su huésped.

Cuando acabaron los indios su entretenimiento, les dió Colon también un espectáculo, propio para inspirarles formidables ideas del poder militar de los españoles. Mandó que trajesen de la carabela un arco y aljaba moriscos, y que viniese un castellano que había servido en las guerras de Granada y era diestro flechero. Cuando vió el cacique la exactitud con que usaba este hombre sus armas, se admiró en extremo, por ser de índole pacífica y muy poco afecto al uso de ellas. Díjole, empero, al Almirante, que los caribes, que acometían con frecuencia sus dominios y le arrebatában sus súbditos, venían también armados de arcos y flechas. Colon le ofreció la proteccion de los monarcas españoles, que destruirían á los caribes, añadiendo que sus armas eran mucho mas temibles y que contra ellas no había defensa. En prueba de esto mandó descargar un arcabuz y una bombardita. Al estrépito y al fuego cayeron los indios en tierra, como si un rayo los hubiese herido; y cuando vieron el efecto de las balas que, como las centellas del cielo, desgarraban y hendían los árboles, se llevó su corazon de espanto. Mas al oír de los españoles que los defenderían con aquellas armas en caso de invasion de los caribes, se trocó en alegría su terror; considerándose protegidos por los hijos del cielo, que habían venido en su ayuda, armados de rayos y truenos.

El cacique presentó luego á Colon muchas de sus joyas nacionales; una máscara entallada en madera; con los ojos, orejas y otras facciones de oro; le colgó láminas del mismo metal al rededor del cuello, y le puso una especie de diadema dorada en la cabeza,